Peticiones **Padrenuestro**

Canto de bendición

Pan del cielo eres Tú, Jesús,
vía de amor, nos haces como Tú.

No, no se ha quedado fría la tierra,
Tú te has quedado aquí y nos llenas de Ti
Pan de vida, para incendiar con tu amor
toda la humanidad. **Pan del cielo...**

Sí, el cielo está en esta tierra,
Tú te has quedado aquí, y nos llevas a Ti,
hacia tu casa donde estaremos junto a Ti
toda la eternidad. **Pan de cielo...**

Oración

Señor Jesucristo, que nos has amado hasta el extremo de la Cruz y que de tu Corazón traspasado has hecho brotar para nosotros tu Divina Misericordia; por medio de tu Espíritu Santo, haznos verdaderos testigos de tu Resurrección en medio del mundo. Sigue suscitando en los corazones de los jóvenes la llamada al sacerdocio, para que, por intercesión de María, tu pueblo nunca se vea falto de santos ministros de tu Misericordia. Te lo pedimos a Ti, Rey Vencedor, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Canto a María

Junto a ti, María,
como un niño quiero estar,
tómame en tus brazos,
guíame en mi caminar.

Quiero que me eduques,
que me enseñes a rezar,
hazme transparente,
lléname de paz.

¡Madre, Madre,
Madre, Madre!
¡Madre, Madre,
Madre, Madre!

VIGILIA DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Abril de 2016

Jesús, confío en Ti

Canto de exposición

Tú que te has quedado cerca en el Altar,
Pan de la vida, Vino de hermandad.
En tu Eucaristía, quieres entregar
tu propia vida, signo de amistad.

Fuente de vida, de amor y de paz,
toda mi carne tiene ansia de Ti:
oye mis ruegos, escucha mi voz,
calma mi miedo, sé mi salvación.

De mis enemigos, líbrame, Señor,
sé tú la estrella en mi caminar.
Cuando ya atardece y se pone el sol,
guía mis pasos en la oscuridad.

Canon

Vine a alabar a Dios,
vine a alabar a Dios,
vine a alabar su Nombre,
vine a alabar a Dios.

Ecos del salmo

Quien pierde
su vida por mí,
la encontrará,
la encontrará,
la encontrará.

Salmo 96

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono.

Delante de él avanza el fuego,
abrasando en torno a los enemigos;
sus relámpagos deslumbran el orbe,
y, viéndolos, la tierra se estremece.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria.

Los que adoran estatuas se sonrojan,
los que ponen su orgullo en los ídolos;
ante él se postran todos los dioses.

Lo oye Sión, y se alegra;
se regocijan las ciudades de Judá
por tus sentencias, Señor;

porque tú eres, Señor,
altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses.

El Señor ama al que aborrece el mal,
protege la vida de sus fieles
y los libra de los malvados.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre.

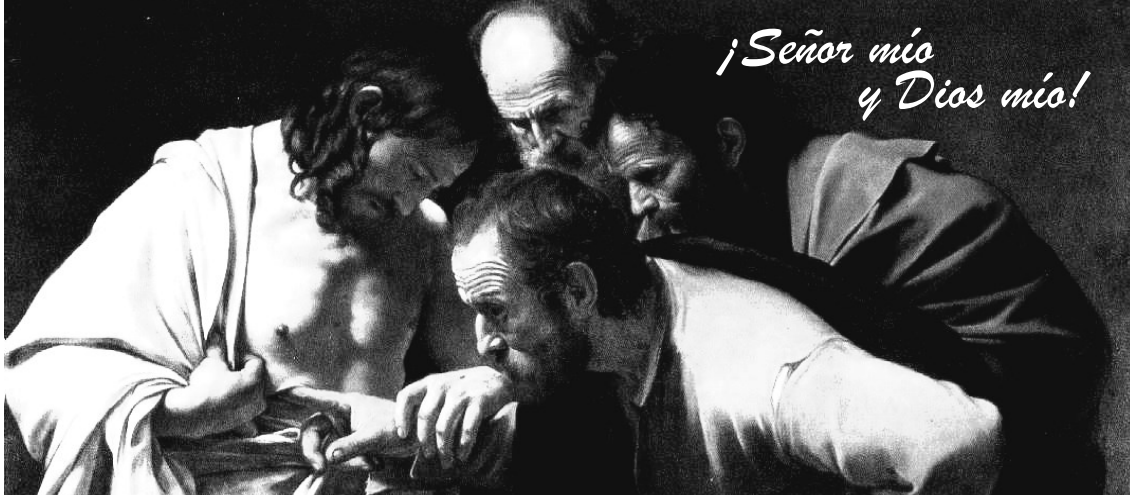
Escuchamos la Palabra

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Por qué me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Jn 20, 19—29

Meditación

Dios se ha revelado, manifestando muchas veces su nombre, y este nombre es "misericordioso". No tenemos un Dios que no sepa comprender y compadecerse de nuestras debilidades. Al contrario, precisamente en virtud de su misericordia, Dios se ha hecho uno de nosotros. Por lo tanto, en Jesús no sólo podemos tocar la misericordia del Padre, sino que somos impulsados a convertirnos nosotros mismos en instrumentos de misericordia. ¡Cuántos rostros, entonces, tiene la misericordia de Dios! Ésta se nos muestra como cercanía y ternura, pero en virtud de ello también como compasión y comunicación, como consolación y perdón. Quién más la recibe, más está llamado a ofrecerla, a comunicarla; no se puede tener escondida ni retenida sólo para sí mismo. Es algo que quema el corazón y lo estimula a amar, porque reconoce el rostro de Jesucristo sobre todo en quien está más lejos, débil, solo, confundido y marginado. La misericordia no se detiene: sale a buscar la oveja perdida, y cuando la encuentra manifiesta una alegría contagiosa. La misericordia sabe mirar a los ojos de cada persona; cada una es preciosa para ella, porque cada una es única.



Queridos hermanos y hermanas, la misericordia nunca puede dejarnos tranquilos. Es el amor de Cristo que nos "inquieta" hasta que no hayamos alcanzado el objetivo; que nos empuja a abrazar y estrechar a nosotros, a involucrar, a quienes tienen necesidad de misericordia para permitir que todos sean reconciliados con el Padre. No debemos tener miedo, es un amor que nos alcanza y envuelve hasta el punto de ir más allá de nosotros mismos, para darnos la posibilidad de reconocer su rostro en los hermanos. Dejémonos guiar dócilmente por este amor y llegaremos a ser misericordiosos como el Padre.

Hemos escuchado el Evangelio. Tomás era un testarudo. No había creído. Y ha encontrado la fe cuando ha tocado las llagas del Señor. Una fe que no es capaz de meterse en las llagas del Señor, no es fe. Si queremos creer seriamente y tener la fe, debemos acercarnos y tocar aquellas llagas, acariciar aquellas llagas e incluso bajar la cabeza y dejar que los otros acaricien nuestras heridas. Que sea, pues, el Espíritu Santo quien guíe nuestros pasos: Él es el amor, él es la misericordia que se comunica a nuestros corazones. Permanezcamos con el corazón abierto, para que el Espíritu pueda transformarlo; y así, perdonados, reconciliados, inmersos en las llagas del Señor, seamos testigos de la alegría que brota del encuentro con el Señor Resucitado, vivo entre nosotros.

Del discurso del Papa Francisco en la Vigilia de Oración con motivo del Jubileo de la Divina Misericordia, Plaza de San Pedro, 2 de abril de 2016

Testimonio vocacional

Siento dentro de mí un fuego que no se apaga
y cada día que pasa me devoran más tus llamas.
Siento dentro de mí el latido de tu alma,
la sonrisa de tu rostro, la caricia de tu gracia.

Eres tú, que te metes en mi vida
sin pedir casi permiso, sin dejarme otra salida.
Eres tú, el ladrón de mi agonía,
que me robas la tristeza y me devuelves la vida.